



## LOS TRES BASUREROS DEMOCRATAS

José MARTIN  
RECUERDA'

**S**I: tres basureros de las democracias. Los tres jóvenes. Unos veinte o veinticinco años cada uno. En plena flor de la vida: basureros. El primero de ellos —no recuerdo el nombre— le conocí en California. Era rubio, muy anglosajón, muy simpático. Vivía en un chalecito adosado al mío. Teníamos un pequeño jardín y una cochera cada uno. El auto de él era nuevo, casi de ministro español; el mío era de segunda mano. Recuerdo que, al llegar, mi vecino, el rubio-anglosajón, recién casado, me envió una maceta con una planta californiana, rodeada de un lazo color de rosa, con una tarjeta, ofreciéndose a mí, como buen vecino. La maceta traía el casco envuelto en papel de plata. Tardé mucho tiempo en averiguar cuál era su oficio. El oficio de aquel muchacho, casi un gran señor. Más tarde me enteré de que salía de su chalé a eso de las dos de la mañana, recogía la basura del barrio correspondiente y a las cinco o las seis de la mañana ya estaba otra vez en su casa. Después... iba a estudiar a la Universidad. ¿Qué será hoy de él? ¿Tendrá un destino más importante que el de basurero? Gran destino éste en Estados Unidos: lo mismo que otro cualquier destino, respetado igualmente que el oficio de médico, arquitecto o profesor universitario. Qué gran lección me dio mi vecino, el del auto de casi ministro español. Así, claro, puede prosperar un país democrático.

**E**L segundo basurero, el Antoñico, le he conocido en un pueblo de la costa granadina, cuyo nombre —el del pueblo— no menciono de tan querido por mí. El Antoñico

es analfabeto. Viste con un mono azul, muy sucio. Un día me enseñó, este «trabajador de la limpieza», las magulladuras y cicatrices de su cuerpo. Lo había apaleado alguna mujer del pueblo, porque creía que el Antoñico no recogía la basura por la noche, sino que se dedicaba a pintar las paredes de las tapias y casas, o a pegar carteles de Fuerza Nueva. Creían, las mujeres, que Antoñico era un esclavo de caciques y, a cosa hecha, le escondían las basuras y las dejaban ver al amanecer, difamando a Antoñico, diciendo que era un mal basurero y llegaron, como digo, a apalearlo y hasta darle patadas. Alguna vez vi al pobre Antoñico hincado de rodillas y llorando a la orilla del mar. Miraba al cielo. Parecía un héroe troyano en derrota. Creo que Antoñico sólo quería buscarse la vida, y esta vida no se la dejaban tranquila. No sabía ni siquiera expresarse. No sabe más que recoger la basura bien. No tiene otros horizontes: sólo quiere que su pueblo amanezca limpio. Tan limpio y puro como el cielo y el mar, y hay que ver: Antoñico tiene el cuerpo apaleado. Ahora va por las calles con un profundo miedo: cree que lo puedan matar. Cruza las calles solitarias mientras las estrellas brillan en el hermoso cielo de mi costa granadina. Pobre Antoñico, ¿sabrán su historia los líderes políticos de hoy? ¿Lo sabrá Felipe González, o Fraga, o Carrillo...? La historia de Antoñico el basurero me sobrecoge y me emociona. Me hace reflexionar y casi querer llorar con él a la orilla del mar. En las noches costeras, tan llenas de paz, de

soledad y de consolación, yo quisiera ser amigo de Antoñico y poder consolarlo.

**P**ERO sabrán los líderes políticos mencionados la historia de otro basurero: el Felipe, quien lleva viviendo casi un año en otro pueblo de Andalucía, también costero? El Felipe, casado y con un hijo, es todo un encanto de contenida resignación, de amor a su Patria y hasta de gran inteligencia. Su mujer aspira a ser monitor del grupo de teatro del pueblo. Tiene arrogancia de bailarina rusa. Parece que va a salir a bailar «El lago de los cisnes». Así es de esbelta, elegante, sensible, sencilla. No he sabido la historia de Felipe el basurero hasta hace unos días: está lleno de alegría, de vitalidad, pero sus ojos revelan una profunda tristeza. Felipe el basurero, marido de la monitora «Paulova», es licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid. Se han refugado él, su mujer y su hijo al amparo del Ayuntamiento del pueblo. El alcalde, sabiendo la calidad universitaria de Felipe, sólo ha podido darle el empleo de basurero. Y Felipe, que ya tiene su hogar, no quiere irse de España. Ama a España como España sea; quiere vivir en ella y defender lo que es suyo. Grandes lecciones, adorados basureros míos: no podré olvidaros nunca. Pido a los que pregonan la libertad en defensa de la democracia que anhelamos os tengan en el recuerdo y sepan parangonar la democracia civilizada con la que todos deseamos para España, y que, al fin, aunque sea con una cruz a cuestas, podamos algún día ser definitivamente demócratas y libres.